

## EL CONDE ONELLI Y SAN ISIDRO

por Hernán Antonio Moyano Dellepiane

*“El conde Onelli era macizo y sanguíneo;  
hablaba una mezcla de español e italiano”*

Manuel Mujica Láinez

El 10 de enero de 1916, año del centenario de la Independencia argentina, Clemente Onelli pronuncia una pintoresca conferencia sobre “Las glorias de San Isidro” en el Pabellón Colombo, a beneficio del Club Náutico San Isidro<sup>1</sup>.

Había sido invitado por la comisión directiva del club, integrada por Benjamín F. Nazar, Avelino Rolón, Horacio Montes de Oca, Adrián Beccar Varela, Anselmo Sáenz Valiente, Raúl Martino, Fernando Tiscornia, Andrés Rolón, Juan José Barreiro, José María Pirán, Alfredo Boggio y Juan N. Marín.

“Las glorias de San Isidro” fue tema ameno, salpicado de humorismo de buena ley y de viejos recuerdos, tan caros a la tradición porteña.

Onelli llegó a Buenos Aires a comienzos de 1889, con una buena educación clásica, gustos refinados, y un trienio de aventuras galantes detrás de artistas. Sin embargo, el joven Clemente no advino a la bohemia y al diletantismo de los cenáculos.

Escritor naturalista, periodista, profesor, conferencista, antropólogo, zoólogo, folklorista, explorador, buscador de oro, cazador, productor y director de cine, coleccionista, benefactor y funcionario, Onelli era una figura llena de atracción e interés, no ya desde el punto de vista de su ciencia, sino de su vida, que presentaba un grupo de facetas siempre brillantes y ricas en talento original. Realizó una obra netamente nacionalista.

---

<sup>1</sup> En febrero de 1914 abrió sus puertas el circo y teatro Colombo-Lecusson en la calle 25 de Mayo, entre Alem y Martín y Omar, donde está el colegio que lleva este último nombre, lugar donde acampaban los circos en aquella época; luego de la exposición de Onelli se proyectaron allí interesantes cintas cinematográficas. “Notas Sociales”, *La Nación*, Buenos Aires, 10 de enero de 1916, p. 9; Tirigall, Jorge. *San Isidro. Algo de nuestro ayer*, Buenos Aires, Municipalidad de San Isidro, 2000, p. 188.

Era además, un maravilloso *causeur*, de fino humor. “Imposible oírle sin encanto y sin la sonrisa continuamente en los labios, mientras él relataba, hilando reflexiones humorísticas que eran siempre, al mismo tiempo, filosóficas o desarrollaba sus puntos de vista sobre problemas políticos y sociales cuya sensatez troncal apareció, sin embargo, envuelta en una magnífica hojarasca de paradojas accesorias”, ha expresado *La Nación*. El presidente Marcelo T. de Alvear lo calificó como “el más criollo de los gringos y el más italiano de los argentinos”. Un periodista porteño lo definió como “un romano acriollado, con energías norteamericanas, pero sin los millones que necesita para hacer una proteica y fecunda obra de cultura nacional”. Las Lomas de San Isidro honra su memoria en una calle con su nombre<sup>2</sup>.

Tomamos algunos de los párrafos más felices de la larga disertación. Describió el paisaje de nuestra localidad diciendo:

“El río ciñe la augusta cabeza argentina como vincha y diadema de plata bruñida; y esta corona republicana que no sabe de piedras ni de símbolos heráldicos, adorna su frente engarzando la fresca esmeralda de los verdores de sus sauces, el cálido rubí de los ceibos floridos, la opalina blancura de perlas de sus chalets perdidos entre el follaje y en su centro, en el sitio de honor, soberbia y esbelta se levanta la aguja gótica de la iglesia de San Isidro.

“¡Así es la corniche porteña, así es la Cote d’Azur de nuestros pueblitos del norte!, la que, a decir verdad, se pierde de un lado en el brouhaha inconmensurable y chato de los terraplenes y malecones de la ciudad, y del otro, en los bañados de más allá del Tigre, donde el mosquito se ensaña, donde

---

<sup>2</sup> Abad de Santillán, Diego. *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1960, t. 6, p. 59-60; Couselo, Jorge Miguel. “El cine en la inquietud del naturalista Clemente Onelli”, *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 32, p. 68-73, diciembre de 1969; Cutolo, Vicente O. *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1978, t. 5, p. 167-169; Onelli, Clemente. “La caza mayor en la Patagonia”, *La Nación*, Buenos Aires, 25 de diciembre de 1902, Suplemento Semanal Ilustrado, donde el escritor naturalista relata sus cacerías hípicas de pumas, cóndores, avestruces, guanacos, huemules y vacas salvajes, con la ayuda de galgos y de buenas balas de máuser. Onelli contaba que cuando de joven leyó *Los hijos del capitán Grant*, comenzó a soñar con un viaje a la “misteriosa Patagonia”, donde transcurre parte de esa novela de Julio Verne que fue llevada al cine. A los tres meses de llegar a América, Onelli realiza su sueño, explorando la Patagonia con el señor Poivre como guía, quien había sido guerrero de su majestad Orllie-Antoine I, “por la gracia de Dios y la voluntad de los indios del extremo sur del continente americano” Rey de la Araucanía y Patagonia hasta 1878.

el mosquito todo lo puede, hasta pellizcar a las señoras por entre las mallas de una media sutil que ya casi no existe.

“La paz campechana, el divino panorama del lago, los rayos de un sol poniente que tiñen de púrpura las velas de las barcas pesqueras, el farallón a pique donde la ola corta suena con chasquidos sumisos, la orilla alfombrada de arena, donde mansamente, silenciosamente va y viene el remanso como en busca del pie diminuto de alguna romántica, todo esto se extiende deliciosamente a los pies del pequeño promontorio sobre el que descansa San Isidro, la joya preciosa de los pueblos de la costa.

“En la hora poética del crepúsculo, el río toma tintes morados; bajo el viejo sauce carcomido humea y se enrojece ahora un pequeño fogón abandonado por el viejo pescador criollo, enjuto y bronceado, que lentamente sube la barranca agobiado bajo el peso de un surubí monstruoso; cruje por el sendero una vieja carreta que dos lentos bueyes arrastran llevando al pueblo la leña muerta recogida en el día. Ahora los pájaros bobos, los patitos que han espigado por los campos del alto, descienden otra vez a la orilla que el hombre abandona: muere ya el canto de los pájaros y la ráfaga de la brisa nocturna que encrespa el espejo del agua, la que se va obscureciendo, trae sonoro y bien destacado el tañido solemne de las campanas de San Isidro. Pero se altera ya la grande y divina paz del crepúsculo; entre nubes de polvo y crujir de herrajes pasa como un rayo la nota del progreso: una ‘Mercedes’ de 40 caballos. ¡Allá ellos! Aquí, entre el aroma amargo del verde humedecido ya por el rocío queda serpenteando vagamente una estela de humos nauseabundos de la bencina quemada por el monstruo importuno.

“Y los grillos cantan y las ranas contestan desde el bajo; y las damas de noche que desbordan sobre las paredes sin revoque de las casitas de las afueras, han abierto su gran campánula aplastada y dan perfume de primavera a este sublime verano de la costa del río. Títulan las luciérnagas en el deslinde del campo y del poblado, caen al favor de la brisa las semillas de los altos eucaliptos, las que se me antojan piedritas arrojadas por una mano invisible y pasa rápido e imprevisto el jinete apurado al paso sordo, por el vaso descalzo, de un caballito criollo.

“Atraviesa ahora la calle con pasito apurado de retardada una viejecita embozada en su manto y que carga sobre la cabeza ligero manojo de cáscaras de eucaliptos, que el viento arrancó y providencialmente hizo caer sobre el camino público; está lejos la pobre viejecita de la edad y de la esbeltez de

Ruth la Moabita, para que algún compasivo aumente con generoso además la pobre cosecha; pero, en fin, la cena caliente, el mate reconfortante le están asegurados por el hacesillo de corteza de árboles.

“Los niños que no saben de horas melancólicas corren y gritan alegres por las veredas; pero sabe seguramente la imponderable poesía del anochecer a la orilla de un pueblo de campo, aquel que invisible en un terreno todo sombrío, allá donde en el fondo parece verse una luz entre los altos yuyales, toca con dulzura infinita en la guitarra las melancólicas notas de un triste”<sup>3</sup>.

Después Onelli describió un plenilunio y terminó diciendo:

“Si en San Isidro no hay casino, hay luna esta noche; y hay que volver a ver una noche de luna sobre el río de la Plata. ¡Oh!, cómo es más elocuente el silencio de esa pareja, cuando el viento fresco frisa tremolante el espejo bruñido y cómo llega tan pronto la hora del regreso. Noches inolvidables de sana y serena poesía de amor que la muchacha recordará hasta en sus últimos años de abuela, mientras que quizás no quisiera recordar otras impresiones recibidas en una soirée de algún hotel de moda y que dejó tan turbado su espíritu inocente. Y esta es una de las glorias de San Isidro”<sup>4</sup>.

Habló luego de los antiguos flirteos y concluyó así:

“Desde entonces, al través de cuatro generaciones San Isidro mantiene el cetro de los matrimonios bien avenidos. La historia no lo dice, ni la crónica tampoco: no son cosas esas que se pueden propalar a los cuatro vientos en disfavor de otros; pero, de la tradición hablada resulta que de los pequeños centros de veraneo de antaño, este partido ha sido siempre el principal: los demás pasaron de moda, o se refundieron en la ciudad, como ha pasado con las quintas de Flores, de Belgrano y las de este lado de Callao. Allá también se concertaban noviazgos a mi gusto; pero fueron ya suplantados por el Tigre y las playas de moda: y no sé el por qué, mejor dicho no quiero saberlo, coincide más con el gusto de mi edad declinante y por lo tanto más ponderada,

---

<sup>3</sup> “Conferencias. Las glorias de San Isidro”, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1916, p. 5. Onelli dictó muchísimas conferencias sobre una infinidad de temas, ya que todo lo abordaba y a todo se atrevía, desenvolviéndose con conocimientos y habilidad en el arte de discurrir. En 1923 será uno de los primeros conferencistas por radiotelefonía.

<sup>4</sup> “Conferencias. Las glorias de San Isidro”, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1916, p. 5. Onelli confesó que le puso un título ambiguo a la conferencia para hacerle creer al auditorio que disertaría sobre las glorias del santo labriego.

creer en el porvenir feliz de una pareja que se comprometiera en una tranquila quinta de San Isidro que en los flirteos, los que por la fuerza de las cosas inevitables degeneran -es la palabra- degeneran más tarde en un noviazgo en el cual no se había pensado, como suele suceder en los grandes hoteles de las playas de moda.

“Es por lo tanto una de las glorias de San Isidro la gran misión de mantener las leyes del amor y las bases fundamentales del hogar porteño con esa discreción y recato que hacen un encanto de la esposa argentina.

“Dicen que en todas partes el poeta y el filósofo pueden hacer de su rinconcito un pedazo de Edén. Hay una clase eximia de damas de abolengo ilustre, de fortuna, de obras generosamente derramadas por sus manos caritativas y dadivosas, de carácter altivo y bondadoso a la vez, que acariciaron quizá ideales demasiados perfectos y que, en su gran corazón, sintieron siempre la enorme ventaja de su completa independencia, y ellas, desde sus primeros años hasta sus primeras canas, las canas que tanto ennoblecen, en los momentos de descanso, en aquellos días en que su alma un poco fatigada de ver tantas penas, buscaban donde encontrar el ambiente tranquilo dónde rehacer sus fuerzas y soñar con mayores empresas de dulzura; que sólo concibe un corazón de mujer, vinieron y volvieron a este San Isidro tranquilo y apacible y quedaron, hadas benéficas, derramando piedad también aquí, en aquellos días en que vagan entre sus rosales magníficos”<sup>5</sup>.

Hablando de las autoridades edilicias, le parecía deprimente llamar intendentes a los magistrados, pues decía que tenían todo el aplomo y todo el porte de los alcaldes mayores de ayuntamiento. Y agregó que don Avelino Rolón era una parte del viejo San Isidro; no era caudillo, no era político, ni cosa que se le pareciera; era apenas el patriarca del pueblo y el “subpatrono”, después de San Isidro<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> “Conferencias. Las glorias de San Isidro”, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1916, p. 5. Onelli también admiraba los claveles del señor Hintermayer -el mago de las rosas de San Isidro-, proveedor de las mejores florerías porteñas.

<sup>6</sup> Siendo Onelli director del Zoológico de Buenos Aires, hizo gala de su fina ironía en un duelo epistolar que mantuvo en 1911 con el doctor Ignacio L. Albarracín, presidente de la Sociedad Protectora de Animales, quien objetaba que se carnearan a la vista del público los viejos caballos destinados a la alimentación de las fieras. Los periodistas llenaron muchas páginas de los diarios, tomando posición por uno u otro adversario. Así, uno de ellos le preguntó en broma a Onelli si pensaba mandar sus padrinos al doctor Albarracín. “¡Ni por asomo! -fue la respuesta-. Yo soy un protector de la raza humana, aunque él es protector de los animales, solamente...”. La cuestión se resolvió pacíficamente y Onelli y Albarracín

También describió con buen humor los primeros pasos del Club Náutico San Isidro, cuya escuadra -afirmó- desplazaba diez mil pesos de tonelaje, y terminó la conferencia con estas originales palabras sobre las lavanderas sanisidrenses:

“Podría dar por concluido el ramillete de flores delicadas que forman el conjunto de las bellas cosas de aquí. La mayor parte de ellas son glorias auténticas y de mérito que nadie puede impugnar; otras podrían ser llamadas frivolidades y vanidades por algún agriado y desencantado de la vida; dejemos a ese en su pesimismo; dejémoslo pensar que en el mundo, belleza, virtud, gloria, todo es humo y todo es vanidad; que siga usando sus lentes ahumados y sombríos. Con esa clase de gente no se hace patria, como que ante su vista enturbiada se agrisan y toman el color del crespón hasta las blancuras de nieve de los camisones que se hinchan y se agitan al viento del Río de la Plata en el bajo de San Isidro.

“Quizá ustedes nunca han pensado en esa otra modesta gloria que hace de esta orilla el Ganges sagrado de los Brahaminos, el Jordán depurador de las viejas Cruzadas, como es este pedazo de río para los porteños; no para el vulgo que se contenta con los lavaderos municipales y sus secadores de aire caliente; no para el desaseado que bien sabe que la ropa sucia se lava en casa, sino para el porteño de ‘elite’ y de tradición que recuerda a la lavandera Simona, la morena caritativa y el que quiere que la ablución limpiadora de sus sábanas y de sus manteles la haga el purificador Río de la Plata con sus olas que van y que vienen, y que el blanqueo lo termine el sol generoso y el amplio viento del lago. En la canícula meridiana canta la chicharra en la copa de los sauces, y, bajo el ramaje, inclinadas sobre la bacía que el río recién ha llenado, cantan las mujeres acompañando el ruido isocrónico de la ropa espumosa agitada por sus brazos que el sol y el agua han bronceado. Susurra el viento, chasquea el agua, chirrían las cigarras, cantan las lavanderas. Es el viejo rito tradicional que se cumple todavía a la orilla del Río de la Plata. Y las sacerdotisas de este rito, las lavanderas de San Isidro, corresponden

---

siguieron siendo amigos. Del Pino, Diego Amado. “Historia del Jardín Zoológico Municipal”, *Cuadernos de Buenos Aires*, Buenos Aires, n° 55, p. 85-86, septiembre de 1980. La prensa siempre se mofa del duelo y de la cruzada del doctor Albarracín en defensa de los irracionales (intentos de supresión de la cacería del zorro en 1901 y de la doma de potros en 1912). En 1886 *Sud-América* dice que Albarracín ha dado aviso a la Policía para que impida un duelo a espada entre los conejos de los doctores Davel y Susini. “Un duelo ruidoso. Todos los detalles”, *Sud-América*, Buenos Aires, 17 de agosto de 1886, p. 2.

aproximadamente a las antiguas Vestales. No así las de Chilecito, floreciente población minera de la provincia de La Rioja. Allá, en los cuartos del principal alojamiento, el British Hotel, he leído impreso este aviso, encuadrado en un marco y colgado como una plegaria sobre la mesa de noche: ‘Por razones de moral está rigurosamente prohibido recibir a la lavandera en el cuarto’. Como ven ustedes, es un certificado indirecto de buena conducta para las lavanderas de acá, y por lo tanto, un broche de oro para cerrar el relato de las glorias de San Isidro”<sup>7</sup>.

El sabio naturalista vaticinaba que San Isidro por siempre será el pueblo donde se repiten los gratos recuerdos de la tradición. Recorrió los antiguos pagos de la Costa y Las Conchas -Olivos, San Fernando y Tigre-, prefiriendo a San Isidro por sus amaneceres sobre el ancho río, barrancas agrestes, talwegs de torrentes pluviales cubiertos por la maleza de los ibiscus rosados, pacaraes centenarios, añosos eucaliptos, magníficos jazmines, crisantemos, orquídeas, violetas y glicinas, vacas lecheras diseminadas sobre el verdor de los parques ingleses, rica historia, inolvidables escenas del filme *Amalia*, casas coloniales, villas señoriales, castillos franceses, clubes pujantes, diversas vías de comunicación y bellas mujeres; ya por entonces San Isidro era distinto. Clemente Onelli estaba convencido de que San Isidro a través de todas las épocas es el ambiente donde se desarrolla la mejor parte de la vida porteña, la vida sosegada y apacible del veraneo<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> “Conferencias. Las glorias de San Isidro”, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1916, p. 5. Don Clemente Onelli fue muy aplaudido por el numeroso público, compuesto por vecinos y familias que veraneaban en nuestra localidad. “San Isidro”, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1916, p. 10. Otra conferencia notable realizada en San Isidro durante 1916 fue la pronunciada por la médica y propulsora de los derechos femeninos Elvira Rawson de Dellepiane, a la que asistieron todos los alumnos de los años superiores de las escuelas de nuestra comuna, con sus maestras. Ya en 1916 existía el ecologismo pues los sanisidrenses estaban indignados con la tala que la municipalidad efectuó en la avenida de los Álamos (actual avenida Tiscornia). Tirigall, Jorge, op. cit., p. 41-42.

<sup>8</sup> Onelli, Clemente. “Las glorias de San Isidro”, *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, Buenos Aires, n° 44, p. 409-427, diciembre de 1915, donde figura el texto íntegro de la conferencia. Allí Onelli afirma que en nuestro pueblo han veraneado virreyes y presidentes. Recuerda que Hilario Ascasubi cumplió el melancólico deseo de Alfredo de Musset al plantar en su tumba un sauce de la costa de San Isidro, “como un beso que al Sena manda el Plata”. Asimismo dice que la mirada de Europa está puesta sobre San Isidro porque si faltara algún marinero alemán internado por el gobierno argentino en Martín García, el primer lugar donde se recibiría la noticia sería San Isidro, pues de aquí arranca el cable subfluvial a esa isla; San Isidro es, en ese momento, un lugar no indiferente para la diplomacia europea, deduce el prolífico conferencista. Recordemos que la Argentina se mantuvo neutral durante la Primera Guerra Mundial.

Años más tarde, Orlando Williams describía el paisaje ribereño de principios del siglo XX, mencionando los árboles y plantas notables de las antiguas quintas sanisidrenses.

En una conferencia pronunciada el 25 de noviembre de 1943 en la Biblioteca Popular de San Isidro, aquel ex intendente de nuestra comuna que hiciera plantar tantos árboles, lamentaba que el martillo de la subasta pública retaceara las quintas tradicionales de la costa de San Isidro, pues sus bellezas y encantos procedían de su posición sobre las barrancas y de la flora y fauna que les llegaban del delta paranaense. Expresaba Williams lo siguiente:

“Ya no cantarán a dúo los horneros en las espinosas acacias, cuando el sol asoma en el neblinoso horizonte del río. Las calandrias y el zorzal no dejarán oír sus melodías en la espesura de los jardines. Naranjos y limoneros no brindarán ya sus perfumados azahares, que nos traían al corazón recuerdos de lejana y venturosa luna de miel. Los frágiles ‘mamboretás’ no levantarán ya sus manecitas al cielo, en son de plegaria. El camuatí no colgará sus nidos acartonados y melíferos, en las más altas ramas de talas y espinillos. Ni las ‘libélulas’, de alas membranosas, revolotearán durante las noches de verano, en torno a las luces recién encendidas del comedor”<sup>9</sup>.

Ese San Isidro campestre, evocado por Onelli, Williams y tantos poetas, seguirá vigente en los jardines de las quintas Los Ombúes y Pueyrredon y en la Reserva Ecológica Municipal, con sus sauzales y ceibales y con las caminatas a la luz de la luna que baña el mar dulce<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Williams, Orlando E. *Remembranzas de cuando fui intendente de la villa de San Isidro*, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1944, p. 55. Williams también decía que “podrá San Isidro contar con mayor población, ser más numerosas las casitas de tejas coloradas, más aliñados sus veredones, más perfectos los servicios públicos, pero la poesía, el colorido de su naturaleza, eso no volverá”. Williams, Orlando E., op. cit., p. 55.

<sup>10</sup> Terminamos el homenaje a Clemente Onelli en su paso por San Isidro con las palabras inscriptas en su monumento del zoológico porteño, obra del escultor uruguayo Juan Carlos Oliva Navarro: “Erudito, laborioso y progresista. Amó a esta tierra como a su patria, entregándole el concurso de su esfuerzo y de su inteligencia”. Agradecemos la valiosa colaboración de la arquitecta Elisabet Derecho, vicedirectora del Museo, Biblioteca y Archivo Histórico Municipal de San Isidro Dr. Horacio Beccar Varela.